

En sus primeras impresiones, el jefe del Ejecutivo dijo que "estamos preparados para regresar a la normalidad y lo prioritario en este momento es rescatar a las víctimas y auxiliar a los damnificados que hasta el viernes, ofi-

En la conferencia de prensa convocada expresamente para informar a los medios de comunicación de la mag-

Ricardo García Sainz
Centro Médico Nacional

Las primeras reacciones internacionales de solidaridad llegaron horas después del terremoto. El presidente de Cu-

Al cierre de esta edición, la ciudad de México fue sacudida por un segundo movimiento telúrico de menor intensidad.

El viernes 20 por la noche —después del segundo temblor— el presidente Miguel de la Madrid envió un mensaje a la nación donde afirmó —entre reconocimientos y agradecimientos a la población capitalina por la solidaridad mostrada— que "la capital de la República no está arrazada, la mayor parte sigue en pie", al igual que la mayoría de sus habitantes, dijo.

No obstante reconoció que la tragedia ha "rebasado" los esfuerzos del gobierno para poder hacerle frente con rapidez y efectividad. "No tenemos — dijo — los elementos suficientes para actuar como quisiéramos".

**La solidaridad de la
población
en realidad
fue toma de poder**

(Collage de voces, impresiones, sensaciones de un día)

dos categóricos o minúsculos, estallido de cristales, desplome de objetos o de

revestimientos, gritos, llantos
so crujido que anuncia la signa





Secretaría de Comercio

predecible metamorfosis de la habitación, del departamento, de la casa, del edificio... El miedo, la fascinación inevitable del abismo contenida y nulificada por la preocupación de la familia, por el vigor del instinto de sobrevivencia. Los segundos premios, plenos de una energía que azora, corroe, intimida, se convierte en la debilidad de quien la sufre. "El fin del mundo es el fin de mi vida". Versos. "No pasa nada, no hay que asustarse. Guardemos la calma". Y los consejos no llegan a pronunciarse, el pánico es segunda o primera piel, a ganar la salida, a urdir la fuga de esta cárcel que es mi habitación, a distanciarse de esa trampa mortífera que fue el hogar o la residencia provisional. El crujido se agudiza, en el bamboleo la catástrofe se estabiliza, la gente se viste como puede o se viste sólo con su pánico; el miedo es una mística tan poderosa que resucita o actualiza otras místicas, las aprendidas en la infancia, las que van de la superstición a la convicción, las frases primigenias, las fórmulas de salvamento en la hora postrera.

El 19 de septiembre, en la capital, muchos carecieron de la oportunidad de profundizar en su miedo.

—Me di cuenta de todo a fondo, co-

mo que el pavor lo hace a uno consciente de cada movimiento, y al mismo tiempo, como que el pavor es una inercia autónoma. Advertí que sólo pensaba en mí mismo, y que trataba como podía de pensar en los demás, en los míos. Me afligía y me serenaba, pero sin dejar de tranquilizar, de planear la salida, todo tan acelerado que no oía, sólo veía espectáculos. Estaba aterrado, pero el llanto de mi hija retumbaba dentro de mí, era interminable, lo seguí oyendo mucho rato después.

El sonido de los desplomes, las imágenes de los derrumbes, las poses fantásticas de los edificios al reducirse abruptamente a escombros. Paulatinamente, en un lapso de dos o tres horas, los habitantes de la ciudad se asomaron a la dimensión de lo ocurrido, los hoteles y condominios en tierra, las escuelas y los hospitales desvencijados, la precipitación del gran edificio de Tlatelolco, las miles y miles de víctimas, la respuesta masiva ante el desastre. Se implementaron, con reiteración orgánica, los términos que en los casos extremos cubren las dos funciones: descripción y síntesis, evaluación y pena. Tragedia, bombardeo, catástrofe que, en primera instancia, son declaraciones de impotencia ante las fuer-

zas naturales, pesadumbre que se define, se precisa, relatos que necesitan extenderse.

El primer panorama lo proporcionó el radio, entre otras razones por los mensajes en frases: "No fumen, no prensen luz gran parte de la ciudad, hallarse Televisa cinco horas fuera del aire. La coordinación informativa, de conjunto, que la experiencia de la colonia Roma cruelmente ratificó, en un radio de 30 kilómetros, en un cimen derrumbes totales o parciales, explosiones, alarmas insistentes, variaciones de gas, incendios, cuerpos aislados en su desamparo, grupos enteros de estudiantes, cuados, cuadrillas de socorristas, voluntarios, familiares desesperados, de angustia en las calles, de auxilio provenientes de los ociosos, demanda de ropa, víveres y solicitud prodigada de calma. El pánico, el miedo cedió paso o cedió junto al dolor, la incertidumbre, el deseo de ayudar, el azoro. "La profecía de la ciudad de México".

El olor es penetrante, distinto



Barrios

manera inaugural. Es un olor atribuido a la muerte, a las fugas de gas, a la explosión transformada, al susto que se repite en frases: "No fumen, no prensen luz gran parte de la ciudad, hallarse Televisa cinco horas fuera del aire. La coordinación informativa, de conjunto, que la experiencia de la colonia Roma cruelmente ratificó, en un radio de 30 kilómetros, en un cimen derrumbes totales o parciales, explosiones, alarmas insistentes, variaciones de gas, incendios, cuerpos aislados en su desamparo, grupos enteros de estudiantes, cuados, cuadrillas de socorristas, voluntarios, familiares desesperados, de angustia en las calles, de auxilio provenientes de los ociosos, demanda de ropa, víveres y solicitud prodigada de calma. El pánico, el miedo cedió paso o cedió junto al dolor, la incertidumbre, el deseo de ayudar, el azoro. "La profecía de la ciudad de México".

De todas partes llegan a sumarse a los voluntarios, a los granaderos, a los trabajadores del Departamento Central y de delegaciones, a los policías del DF y del Estado de México. Convocada por el propio impulso, la ciudadanía decide a través de la solidaridad, del ir y venir frenético, del agolpamiento presuroso y valeroso, de la preocupación de vidas que, en la prueba límite, es vital al riesgo y al cansancio. Sin previo aviso, espontáneamente, sobre la marcha, se organizan brigadas de 25 ó 100 personas, pequeños ejércitos de volun-

tarios listos al esfuerzo y al transformismo: donde había tablonés y sábanas surgen camillas; donde cunden los curiosos, se fundarán hileras disciplinadas que trasladan de mano en mano objetos, tirando sogas, anhelan salvar siquiera una vida.

Los oficios se revalúan. Taxistas y peseros transportan gratis a damnificados y a familiares afligidos; plomeros y carpinteros aportan seguetas, picos y palas; los médicos ofrecen por doquier sus servicios; las familias entregan víveres, cobijas, ropa; los donadores de sangre se multiplican; los buscadores de sobrevivientes desafían las montañas de concreto y cascajo en espera de gritos o huecos que alimenten esperanza. Al lado del valor y la constancia de bomberos, socorristas, soldados, chóferes de la Ruta 100, médicos, enfermeras, poicías, abundó un heroísmo nunca antes tan masivo, y tan genuino, el de quienes, ante la escasez y la falta de recursos, y por decisión propia, inventaron como pudieron métodos funcionales de salvamento, el primero de ellos, una indiferencia ante el peligro, si ésta se traducía en vidas hurtadas a la tragedia. Basta recordar las cadenas humanas que rescatan a un niño, entregan un gato hidráulico o un tanque de oxígeno, alejan picos, abren boquetes, sostienen escaleras, tiran de cuerdas, trepan por los desfila-



Ayuda

deros que el temblor estrenó, instalan los "campamentos de refugiados", cuidan de las pertenencias de los vecinos, remueven escombros, aguardan durante horas la maquinaria pesada, izan cuerpos de víctimas, se enfrentan consoladoramente a histerias y duelos.

Por más que abundan noticias de pillaje, abusos y voracidad, tal esfuerzo colectivo es un hecho de proporciones épicas. No ha sido únicamente, aunque por el momento todo se condense en esta palabra, un acto de solidaridad. La hazaña absolutamente consciente y decidida de un sector importante de la población que con su impulso desea restaurar armonías y sentidos vitales, es, moralmente, un hecho más vasto y significativo. La sociedad civil existe como gran necesidad latente en quienes desconocen incluso el término, y su primera y más insistente demanda es la redistribución de poderes. El 19 de septiembre, los voluntarios (jóvenes en su inmensa mayoría) que se distribuyeron por la ciudad organizando el tráfico, creando "cordones" populares en torno de hospitales o derrumbes, y participando activamente —y con las manos sangrando— en las tareas de salvamento, mostraron la más profunda comprensión humana y reivindicaron poderes cívicos y políticos ajenos a ellos hasta entonces. Fueron al mismo tiempo policías, agentes de tránsito



Secretaría de Comercio

predecible metamorfosis de la habitación, del departamento, de la casa, del edificio... El miedo, la fascinación inevitable del abismo contenida y nulificada por la preocupación de la familia, por el vigor del instinto de sobrevivencia. Los segundos premios, plenos de una energía que azora, corroe, intimida, se convierte en la debilidad de quien la sufre. "El fin del mundo es el fin de mi vida". Versos. "No pasa nada, no hay que asustarse. Guardemos la calma"... Y los consejos no llegan a pronunciarse, el pánico es segunda o primera piel, a ganar la salida, a urdir la fuga de esta cárcel que es mi habitación, a distanciarse de esa trampa mortífera que fue el hogar o la residencia provisional. El crujido se agudiza, en el bamboleo la catástrofe se estabiliza, la gente se viste como puede o se viste sólo con su pánico, el miedo es una mística tan poderosa que resucita o actualiza otras místicas, las aprendidas en la infancia, las que van de la superstición a la convicción, las frases primigenias, las fórmulas de salvamento en la hora postrera.

El 19 de septiembre, en la capital, muchos carecieron de la oportunidad de profundizar en su miedo.

—Me di cuenta de todo a fondo, co-

mo que el pavor lo hace a uno consciente de cada movimiento, y al mismo tiempo, como que el pavor es una inercia autónoma. Advertí que sólo pensaba en mí mismo, y que trataba como podía de pensar en los demás, en los míos. Me afligía y me serenaba, pero sin dejar de hacer las cosas, de gritar, de apresurar, de tranquilizar, de planear la salida, todo tan acelerado que no oía, sólo veía espectáculos. Estaba aterrado, pero el llanto de mi hija retumbaba dentro de mí, era interminable, lo seguí oyendo mucho rato después.

* * * * *

El sonido de los desplomes, las imágenes de los derrumbes, las poses fantásticas de los edificios al reducirse abruptamente a escombros. Paulatinamente, en un lapso de dos o tres horas, los habitantes de la ciudad se asomaron a la dimensión de lo ocurrido, los hoteles y condominios en tierra, las escuelas y los hospitales desvencijados, la precipitación del gran edificio de Tlatelolco, las miles y miles de víctimas, la respuesta masiva ante el desastre. Se implementaron, con reiteración orgánica, los términos que en los casos extremos cubren las dos funciones: descripción y síntesis, evaluación y pena. Tragedia, bombardeo, catástrofe que, en primera instancia, son declaraciones de impotencia ante la

zas naturales, pesadumbre que a notificarse se precisa, relatos que necesitan extenderse.

El primer panorama lo propuso la radio, entre otras razones por sin luz gran parte de la ciudad hallarse Televisa cinco horas fuera del aire. La coordinación informática por radio, hizo posible integrar una visión de conjunto, que la experiencia nacional complementó: tráfico congestionado, la colonia Roma cruelmente tomada, el Primer Cuadro zona de desastre en un radio de 30 kilómetros, cientos de derrumbes totales o parciales, explosiones, alarmas insistentes, gases de gas, incendios, cuerpos encontrados, noticias sobre la desaparición de grupos enteros de estudiantes, hospitales aislados en su desamparo, hospitales cuados, cuadrillas de socorro voluntarios, familiares desesperados, angustia en las calles, auxilio provenientes de los estados, demanda de ropa, víveres y material, solicitud prodigada de calma. Poco a poco, el miedo cedió paso o cedió junto al dolor, la incertidumbre, el deseo de ayudar, el azoro. "La postrera de la ciudad de México"



Estas ruinas que ves



Escombros

manera inaugural. Es un olor atribuido a la muerte, a las fugas de gas, a la percepción trastornada, al susto que se aparece en frases: "No fumen, no prendan cerillos, pasen con cuidado, aléjense, aquí hay peligro". En el centro, en la colonia Roma, cerca de los ostentosos rascacielos arquitectónicos, el olfato acude a la caza de datos de alarma, de informaciones que ratifiquen la condición agónica de los lugares. En la exacerbación olfativa hay pánico, sospecha de peligros inminentes, certeza de que, entre otras cosas, la ciudad no es ya la misma, porque uno está consciente, ávidamente consciente de la terrible variedad de sus olores.

* * * * *

De todas partes llegan a sumarse a los bomberos, a los granaderos, a los trabajadores del Departamento Central y de las delegaciones, a los policías del DF y del estado de México. Convocada por su propio impulso, la ciudadanía decide asistir a través de la solidaridad, del ir y venir frenético, del agolpamiento presuroso y valeroso, de la preocupación de salvar vidas que, en la prueba límite, es puesta al riesgo y al cansancio. Sin previo aviso, espontáneamente, sobre la marcha, se organizan brigadas de 25 ó 100 personas, pequeños ejércitos de volun-

tarios listos al esfuerzo y al transformismo: donde había tabloncillos y sábanas surgirán camillas; donde cunden los curiosos, se fundarán hileras disciplinadas que trasladan de mano en mano objetos, tirando de sogas, anhelan salvar siquiera una vida.

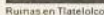
Los oficios se revalúan. Taxistas y peseros transportan gratis a damnificados y a familiares afligidos; plomeros y carpinteros aportan seguetas, picos y palas; los médicos ofrecen por doquier sus servicios; las familias entregan víveres, cobijas, ropa; los donadores de sangre se multiplican; los buscadores de sobrevivientes desafían las montañas de concreto y cascajo en espera de gritos o huecos que alimenten esperanza. Al lado del valor y la constancia de bomberos, socorristas, soldados, choferes de la Ruta 100, médicos, enfermeras, policías, abundó un heroísmo nunca antes tan masivo, y tan genuino, el de quienes, ante la escasez y la falta de recursos, y por decisión propia, inventaron como pudieron métodos funcionales de salvamento, el primero de ellos, una indiferencia ante el peligro, si ésta se traducía en vidas hurtadas a la tragedia. Basta recordar las cadenas humanas que rescatan un niño, entregan un gato hidráulico o un tanque de oxígeno, alejan piedras, abren boquetes, sostienen escaleras, tiran de cuerdas, trepan por los desfila-



Ayuda

deros que el temblor estrenó, instalan los "campamentos de refugiados", cuidan de las pertenencias de los vecinos, remueven escombros, aguardan durante horas la maquinaria pesada, izan cuerpos de víctimas, se enfrentan consoladoramente a histerias y duelos.

Por más que abunden noticias de pillaje, abusos y voracidad, tal esfuerzo colectivo es un hecho de proporciones épicas. No ha sido únicamente, aunque por el momento todo se condense en esta palabra, un acto de solidaridad. La hazaña absolutamente consciente y decidida de un sector importante de la población que con su impulso desea restaurar armonías y sentidos vitales, es, moralmente, un hecho más vasto y significativo. La sociedad civil existe como gran necesidad latente en quienes desconocen incluso el término, y su primera y más insistente demanda es la redistribución de poderes. El 19 de septiembre, los voluntarios (jóvenes en su inmensa mayoría) que se distribuyeron por la ciudad organizando el tráfico, creando "cordones" populares en torno de hospitales o derrumbes, y participando activamente —y con las manos sangrando— en las tareas de salvamento, mostraron la más profunda comprensión humana y reivindicaron poderes cívicos y políticos ajenos a ellos hasta entonces. Fueron al mismo tiempo policías, agentes de trán-



• • • • •

10

• • • • •

Otros nomás llegaban y decían: "Ya encontramos dos muertitos", como para interponer el diminutivo entre ellos y su conciencia del drama. Y luego el horror de ir descubriendo dedos o piernas o brazos, padres aferrados al cuerpocito de sus hijos, niños con su oso de peluche.

... con su oso de peluche.

Después del temblor, la primera noche que pasar sin casa y que hacer las labores de rescate en la ciudad, tan diferente.

UNA VIDA QUE
NACIO DOS VECES

Cuando los cuerpos sacados
tre los escombros respiraban, to



...los médicos salían de su
...Dos señoras fueron rescatadas
...y dieron a luz en el Hospital de
...un poco después. Logré salir

que utilizaron para el edificio. Es de tres octavos. Se utiliza solo para construir casas habitación. Los ingenieros que hicieron esto no tienen madre, deberían buscarlos y refundirlos".

EL PRIMER CUADRO: ESCOMBROS Y OSCURIDAD

Acordonada la zona, los bulldozer, tras cables y plumas iniciaban una labor de limpieza. Pocas esperanzas había de rescatar más víctimas. La unidad de auxilio permanecía a la expectativa en la acera contraria. Un hombre, mediana estatura, Rafael Mijares, corría de un lado a otro:



Ruinas en Tlatelolco

sito, socorristas, funcionarios del ayuntamiento, médicos, enfermeros, diputados, líderes vecinales, regentes. Por eso, no se examinará seriamente el sentido de la acción épica del jueves 19, mientras se le confine exclusivamente en el concepto *solidaridad*. La hubo y de muy hermosa manera, pero como punto de partida de una actitud que, así sea ahora y por fuerza efímera, pretende apropiarse de la parte del gobierno que a los ciudadanos legítimamente le corresponde. El 19, y en respuesta ante las víctimas, la ciudad de México conoció una *toma de poderes*, de las más nobles de su historia, que trascendió con mucho los límites de la mera solidaridad, la conversión de un pueblo en gobierno y del desorden oficial en orden civil. Democracia puede ser también, la importancia súbita de cada persona.

En una casa frente al parque, la señora de edad observa por la ventana. Socorristas y vecinos la instan a salir, el lugar es inseguro, los derrumbes próximos auguran lo peor. Ella se resiste, ve con sorna al reportero de televisión, cierra y abre la ventana con enfado y parsimonia, se aleja y vuelve. Los llamados a la huida se acrecientan. "Salga, señora. Por favor. ¿Qué no ve cómo está la situación? No sea terca". Se esconde, y al volver el reportero de la televisión ya se ha ido, y ella hace un gesto triste, como de quien perdió algo entrañable. Responde: "Aquí estoy a gusto. Déjenme en paz". Y de nuevo cierra la ventana y se retira, y dos minutos después ya está con su público. Las vecinas se obstinan,

le llaman por su nombre, la regañan. Ella replica tajante, "Aquí me quedo", y mira con melancolía a su alrededor, segura de las causas de su persistencia. ¿A dónde podría ir? ¿Qué caso tiene el exilio a estas alturas? A su modo, y sin pretender el rango de símbolo, ella representa en buena medida, el espíritu que anima a la ciudad misma, devastada, contaminado, violentado, expoliado y, sin embargo, orgulloso de su terquedad.

—Lo más insoportable durante el día fueron los gritos de auxilio. Allí estaban esas montañas de escombros, de acero y cemento, y nosotros sin el equipo necesario, sin plumas (grúas) ni escaleras telescópicas ni trascabos, sólo con palas y picos y tenazas. La impotencia ante la agonía de alguien que está nomás a unos pasos, es lo peor que me ha pasado, se lo juro. Mire, rescatamos a una señora que se la pasó gritando, incontrolada, que salváramos a su esposo y a sus hijos que se hallaban bloqueados por un techo. Ella lloraba, y los cadáveres de sus familiares allí muy cerca, pero no los reconocía, no veía nada ni aunque hubiera querido. Sólo lloraba y gemía, y repetía nombres. Un voluntario muy jovencito no aguantó y se puso también a chillar. No se le ocurrió otra forma de ayudarla.

Otros nomás llegaban y decían: "Ya encontramos dos muertitos", como para interponer el diminutivo entre ellos y su conciencia del drama. Y luego el horror de ir descubriendo dedos o piernas o brazos, padres aferrados al cuerpecito de sus hijos, niños con su oso de peluche,

LA PRIMERA NOCHE

Después del temblor, la primera noche que pasar sin casa y que hacer difíciles las labores de rescate en la ciudad, tan diferente a la de siempre.

Tres reporteros de Proceso, Monje, Miguel Cabildo y Osorio, recogieron en tres lugares las impresiones de esa noche entre los viernes y el viernes. Tres lugares donde la tragedia se intensificó: La Universidad de Gineco-Obstetricia del Hospital General y la residencia de los médicos, que se vinieron abajo con el edificio habitacional del que formaba parte y la Procuraduría General del DF, que también se derrumbaron; y Tlatelolco, donde el edificio "Nuevo León" quedó en un menor grado. Esto es lo que vieron los reporteros durante la noche.

UNA VIDA QUE NACIO DOS VECES

Eran las 4:20 de la madrugada del viernes. De pronto, los potentes focos que iluminaban la oscura avenida se apagaron al sitio donde un cuadro de salvamento solicitaba una camión para llevar los escombros de lo que fue la Universidad de Gineco-Obstetricia del Hospital General se había rescatado a una mujer. Estaba vivo. Una ambulancia lo llevó al Hospital de Petróleos Mexicanos en Picacho.

Este rescate fue como una inyección de fuerza para unas 1,000 personas —médicos, enfermeras, ejércitos, policía preventiva y auxiliares, voluntarios— que desde las 3 de la mañana se concentraron en ese sitio para intentar salvar a los que quedaban sepultados bajo toneladas de concreto.

El repiquetear de picos, martillos, palas, taladros, barretas y sierras era incesante. Impedía la comunicación entre unos con otros. Era lo de siempre, entendían con señas. En ese momento todos hablaban el mismo idioma. Todos tenían en mente un solo propósito: rescatar al mayor número de personas.

Sólo cuando la búsqueda se agotaba al blanco, las máquinas, maquinaria humana, hacían un silencio que permitía escuchar con claridad la voz de quienes coordinaban la actividad de rescate. Se oía: más oxígeno, más agua, hagan un cadena humana.

No siempre tenían éxito. Muchas veces, en varias ocasiones, fueron a la nada. No obstante, seguían trabajando con decisión. Sacaban cubetas de agua, cubetas de comida, cubetas de ropa con la esperanza de encontrar algunos cuerpos. Desprendían los cuerpos de las cubetas. Con lámparas de mano iluminaban las pequeñas aberturas o rendijas de los escombros de sobrevivientes.

Cuando los cuerpos sacados de entre los escombros respiraban,

TRAS EL TEMBLOR, EN ZONAS DONDE LA TRAGEDIA FUE MAYOR



Nada

alegría. Cuando eran sacados sin vida, los rostros se fruncían. El espíritu, sin embargo, se mantenía firme. Y los gritos volvían: palas, sierras, cubetas.

Y nubes de polvo bañaban a las cuadrillas, acompañadas por un olor a humo que salía de más allá de donde se hacían las labores de rescate. La mayoría de los participantes cubrían sus rostros con tapabocas o máscaras antigases. Otros seguían sin nada: sólo con su afán de ayudar.

Las enfermeras también intervenían. Además de proporcionar alimentos a las brigadas y a los alimentos del ejército, colaboraban sacando el cascabeo en cubetas. Otro grupo de enfermeras rescataba el material y el equipo médico que quedó en condiciones de utilizarse. En realidad, fue poco. La mayor parte de sus herramientas de trabajo quedó inservible.

Vendas, algodón, pañales, una que otra bandeja, colchonetas para bebés y algunas prendas de vestir salieron bien libradas.

El ir y venir de personas en el área era incesante. Rostros sudorosos, cansados, empolvados. En sus manos se veía la huella del trabajo. El uniforme azul de los policías se hizo terroso. Unos, de saco y corbata; otros de bata blanca o casaca; otros de overol; otros con la ropa deshecha, se movían entre los escombros.

Mucha gente estaba inactiva. Sólo miraba. Hacía comentarios. Se preguntaban una y otra vez cómo era posible que dentro de los escombros se hubieran rescatado a unas 29 personas, 15 de ellas vivas.

Tampoco los médicos salían de su asombro. Dos señoras fueron rescatadas y dieron a luz en el Hospital de Pachuca, un poco después. Logró sal-

varse el doctor Amado Andaua, cirujano cardiovascular, que fue trasladado al Hospital Humana. Román Seqovia Velázquez pudo responder a las preguntas de reconocimiento que le hicieron cuando recibía las primeras curaciones en una sala de atención, habilitada en un estacionamiento del Centro Médico.

Pero, lo que más estupor causó fue el encuentro del bebé, que yacía sepultado bajo dos capas de concreto. ¡Es un milagro! musitó uno de los médicos.

¡Gracias a Dios!, respondió la compañera que está a su lado.

El hecho hizo renacer las esperanzas de encontrar bajo los escombros a otras personas vivas. Inclusive, no pocos miembros de las cuadrillas comentaban que habían escuchado gritos de auxilio.

Un grupo de médicos residentes se hacía la promesa de no parar las búsquedas hasta que aparecieran los cuerpos de sus compañeros que quedaron atrapados en lo que fue su edificio de descanso.

"Es increíble que se caigan los hospitales. Es lo último que se debía caer. Esto sólo sucede en México", comentó un médico residente que prefirió guardar su identidad.

En el desayunador de concreto que se encuentra frente a los dos edificios destruidos, dos policías de las Secretaría de Protección y Vialidad comentaban sobre la calidad de los soportes de los inmuebles que cayeron.

El más joven dice: "Fíjate en la viga que utilizaron para el edificio. Es de tres octavos. Se utiliza solo para construir casas habitación. Los ingenieros que hicieron esto no tienen madre, deberían buscarlos y refundirlos".

"Cuánto dinero se ahorraron esos cabrones. Ya ni la chingan", les respondió el otro uniformado.

Más lejos, cerca de lo que fue el hospital de Gineco-Obstetricia, un grupo de doctores residentes habla acerca de la ayuda que proporcionaron el Hospital Español y el 20 de Noviembre del ISSSTE, que fue evacuado para dar cabida a los pacientes del Centro Médico. La farmacia del hospital no se salvó.

A medida que la noche avanza, van llegando al lugar docenas de voluntarios, picos y palas en mano. Un guardia del Ejército Mexicano los guía al lugar donde ayudarán.

La actividad en el Centro Médico contrasta con lo que sucede a una cuadra de ahí, en el multifamiliar Juárez. En esta unidad habitacional se derrumbó un edificio y otro quedó en pésimas condiciones. Las personas que no tuvieron los medios para trasladarse a otro lugar o con sus familiares, pernoctaron en un albergue improvisado. La oscuridad acompañó su dolor. La tenue iluminación que había en ese lugar dejaba asomar los rostros tristes y pensativos de quienes tendrán que mudarse a otro sitio. Otros dormían ya. Su sueño era vigilado por elementos del ejército y cuadrillas de voluntarios, que desde temprano reunieron víveres, medicinas y cobijas.

En la calle, diseminados, había muebles, televisores, refrigeradores, radios, estufas y otros enseres domésticos que los vecinos alcanzaron a rescatar.

La avenida Cuauhtémoc, tradicionalmente bien iluminada, era, la noche del jueves 19 y la madrugada del viernes 20, el reflejo de la desolación que embargaba a los que perdieron a sus familiares y sus hogares. En ambas aceras estaban estacionados ambulancias, camiones, una pipa de bomberos. Sólo el ruido de las sirenas rompía el silencio que reinaba fuera de la zona de desastre.

EL PRIMER CUADRO: ESCOMBROS Y OSCURIDAD

El bullicio nocturno de San Juan de Letran, ahora eje Central Lázaro Cárdenas, había desaparecido. Entre las calles de Victoria y Artículo 123 todo era movilización. La zona era el lugar donde más víctimas —entre muertos y heridos— se habían rescatado. Dos edificios, el Atlas 23 y el Mier y Pesado, quedaron reducidos a escombros y se pultaron a más de 100 familias y decenas de personas que en el momento del temblor se desayunaban en el restaurante Superleche.

Acordonada la zona, los bulldozers, trascabos y plumas iniciaban una labor de limpieza. Pocas esperanzas había de rescatar más víctimas. La unidades de auxilio permanecían a la expectativa en la acera contraria. Un hombre de mediana estatura, Rafael Mijares, corría de un lado a otro:

"He llorado mucho, pero no me resigné. Sé que encontraré a mi hermana Estela". Ambos eran herederos de un negocio de cándiles que les había legado su padre.

Entre los escombros había encontrado una bolsa. La esperanza se reafirmaba. Más tarde rescataban otro cuerpo. Nada. No era su hermana. No podía más. Quince horas de búsqueda, y nada. Lloró.

Para aquel hombre, como para muchos otros, todo había acabado. En sus reflexiones, compraba la devastada ciudad de México a Berit, pero sin balas. Su experiencia en el Medio Oriente, en un viaje de placer, lo había dejado marcado. Una herida en la pierna izquierda le dificultaba caminar.

Las horas transcurrían. El dolor hacía más frío el aire de la noche. "Vámonos, mañana será otro día". Fidel Quezada también había perdido la esperanza de encontrar entre los escombros del edificio Mier y Pesado los cuerpos de sus parientes Soledad y Margarita Peto Rodríguez y de sus hijos Verónica y Roberto Cruz Peto, Faviola y Rocio, que ocupaban los departamentos 201 y 115, justo arriba de lo que fuera el restaurante "Superleche".

El edificio, que habitaban más de diez familias, comprendía la planta baja —exclusiva para área comercial—, cuatro pisos y la azotea habitada como zona departamental. En total más de 500 moradores. Todo había quedado destruido.

A poca distancia, en plena avenida Juárez, los bomberos combatían otro siniestro. Las llamas habían consumido el Hotel Regis y la atención se fijaba ahora en el edificio que ocupaba la tienda Salinas y Rocha.

Aunque acordonada la zona, los curiosos dificultaban las maniobras. Poco a poco las llamas consumían el inmueble que, a pesar de todo, se sostenía en pie.

El tránsito por la ciudad, en la noche, por las consecuentes fallas en el suministro eléctrico, se dificultaba. Los inmuebles destruidos por el temblor quedaban como muestra de la impotencia del hombre ante la naturaleza.

Hacia el sur, las maniobras de auxilio se multiplicaban en la Secretaría del Trabajo y en las instalaciones de la empresa Televisa. A unos cuantos metros de ese lugar, en el derruido edificio de la Procuraduría de Justicia del Distrito Federal, la lucha se concentraba en rescatar varios agentes de la Policía Judicial que quedaron atrapados.

El edificio se inauguró en la administración de López Mateos, con el licenciado Fernando Román Lugo como procurador. A diferencia de otros inmuebles destruidos, en las inmediaciones de la Procuraduría pocos eran los familiares que seguían de cerca las maniobras de auxilio.

A Jack Semenow Canan, veterano agente de la Policía Judicial correspondía retomar la guardia de los agentes que quedaron atrapados en el 3º y 4º



Dolores



En el Conjunto Juárez



Plaza de las Tres Culturas

piso del edificio que ocupaba esa corporación.

Con su experiencia de 20 años en la Policía Judicial, Jack concreta: "Es rutina de trabajo. A unos les toca antes, a otros después. Pero día a día corremos ese riesgo. Nadie sabe si regresamos a nuestros hogares".

"Cuando se quiere una profesión, estamos expuestos a todo. Esta es una expresión muy sincera, porque yo he sufrido. Porque de una u otra manera supe captar la enseñanza de muchos jefes. Y me duele la situación de mis compañeros, pero nuestro riesgo es perder la vida es cotidiano".

El peligro de un derrumbe total del inmueble en donde se encontraban atrapados varios judiciales dificultaba las labores de rescate. Sabían que muchos se encontraban vivos. Las horas transcurrían. El edificio frontal de la dependencia había quedado totalmente destruido.

Sin embargo, los archivos judiciales habían a salvo. Una restructuración del manejo había obligado a sacarlos antes. Estaban en lugar seguro. El humo de esta zona devastada hacía más oscura la noche. Solo el sonido de las sirenas rompía el silencio en una ciudad en desastre que volvía a despertar.

OTRA NOCHE DE TLATELOLCO

Los residentes de Tlatelolco, la urbanización más populosa del país, vieron el tránsito a la normalidad apenas 15 horas después del temblor.

La mayoría de los tlatelolcos durmió en casa, después de comprobar por cuenta propia que el estado general de las edificaciones permitía que las siguieran habitando. Para el resto, la noche fue una prolongación, con diferentes grados de intensidad, de los sacudimientos iniciados a las 7:19 del 19 de septiembre.

Apenas hubo diferencias entre noches y días para los habitantes del edificio "Nuevo León". Durante horas ininterrumpidas, brigadas de auxilio trabajaron afanosamente en el rescate de los más de mil multifamiliar que sufre la más fuerte golpe entre todos los edificios de la unidad Tlatelolco.

En este sitio se rescataron 136 heridos y 42 muertos, según informó el coronel Leonardo Hernández, de la policía preventiva.

En los primeros minutos del viernes 19 de septiembre, se rescató a los tres únicos sobrevivientes localizados en el inmueble. Las operaciones de llevar a cabo por los desfigurados cuerpos de la unidad habitacional.

Con fervor y sin tregua trabajaron los brigadistas, predominantemente jóvenes y varones. A ratos el desorden imperaba, los diferentes grupos militares, policíacos y médicos se desamontaban sin coordinación ni acuerdo. En la media noche, quizá porque ya

pasado la parte más dura de la jornada, los policías se convierten en curiosos, desvelados, mientras otros lugares de las faenas sin grandes dificultades. A los encargados de cubrir corveas de seguridades basta el más leve argumento para que permitan el paso hacia el centro de operaciones.

Entre las 500 personas que trabajan alrededor del edificio "Nuevo León" hay momentos en que todos gritan a todos. ¡Un cubrebocas para una persona que va a entrar!, gritan unos. ¡Háganse para atrás!, gritan otros. ¡Un médico aquí, por favor!, se escucha en medio de un momentáneo caos.

Finalmente, la buena voluntad vence, signo distintivo de toda la jornada. En el Paseo de la Reforma Norte, bajo la conducción de oficiales del ejército, las actividades de rescate se desarrollan con más claro sentido de organización.

Un oficial del ejército, micrófono en mano conectado a un aparato de sonido que ha facilitado con todo y camión un grupo musical, dicta instrucciones, mantiene bajo control a los curiosos desvelados y coordina la entrega de materiales a los brigadistas.

Es un ejército que contribuye a aliviar heridas el que esta vez actúa en Tlatelolco.

A la una de la mañana, la mayoría de los tlatelolcos duerme ya. Excepto los grupos de vecinos organizados para vigilar los edificios evacuados o aquellos otros que, sin hogar y sin parientes a quienes acudir para pasar la noche montaron improvisadas tiendas de campaña en las áreas verdes de la unidad.

La mayoría de los edificios evacuados total o parcialmente —el "Niños Héroes", el "Veracruz" el "Cuauhtémoc", el "Molino del Rey", entre otros— aceptaron la invitación de familiares o amigos para mudarse temporalmente a sus casas. Otros resolvieron, en tanto los expertos en construcción realicen un peritaje que los saque de dudas, pasar una o varias noches en albergues improvisados en lugares públicos, especialmente en el teatro "Ricardo Flores Magón" y algunas áreas del edificio del Congreso del Trabajo, alejado a la unidad.

En el caso del edificio "Niños Héroes", los vecinos organizados resolvieron cautasamente desatender la opinión de funcionarios del Fondo Nacional de Habitación Popular, quienes sostenían que a su juicio el inmueble se encontraba estructuralmente en buenas condiciones.

En una asamblea de emergencia, los residentes del "Niños Héroes" determinaron que el edificio había resultado suficientemente estropeado como para no habitarlo en tanto no se sometiera a un proceso de rehabilitación, si así lo aconsejaban los peritos.

En todo caso, los vecinos se encargaron la seguridad de sus pertenencias a un grupo de vigilantes y pasaron la noche en otro lugar.

señoras con el crucifijo en las manos, quién me borra esas imágenes. Y a eso agréguele el sonido de las ambulancias y de las patrullas, el ruido de los carros del ejército y de los camiones, el desmadre de las maquinarias pesadas, de las carretillas, las palas, las barretas, los marros, y a la que de cuando en cuando se exigía silencio, "silencio, por favor, silencio absoluto", para ver si localizaban el sitio de origen de una voz que pedía auxilio, aunque a veces había quienes imaginaban oír esas voces, y se buscaba y no había nada. Pero en todos nosotros, no necesitó jurárselo, había una ansiedad de salvar vidas, de excavar y excavar para ver la alegría de un rescatado.

—Era un infierno o una pesadilla, o lo que se te ocurra. Se derrumbó la escuela, y quedan atrapados cientos de niños. Cuando llegué, ya había una multitud de padres de familia reclamando, rogando, recando. Los papás estaban más enloquecidos que las mamás, y lloraban y se mesaban los cabellos, con un egoísmo siniestro y entrañable cuando veían que su hijo no era ninguno de los rescatados. Querían meterse a fuerzas a rescatarlos, pero hubiera sido muchísimo peor, sin experiencia, sin disciplina y dementes como estaban. Nubes de polvo, bomberos, ambulancias, llantos y demandas de auxilio. Un señor anunciaba el fin del mundo, una mamá organizó un rosario y varias se desmayaron. Y no se podía hacer nada, excepto pedirles que se apaciguaran y dejaran bajar en paz a los bomberos... Yo en su caso hubiera hecho lo mismo.

—Lo del Centro Médico fue también horrible, no hubo muertos afortunadamente, pero ese terror, el mío, el de mis colegas, el de las enfermeras, el de los mozos y el de los enfermos, todavía me impregna. Había que evacuar velozmente, porque va por lo menos cuatro edificios estaban muy dañados: Traumatología, Pediatría, Oncología y Ginecología. Las exencas eran finestas y alucinantes, enfermos que estaban seguros del fin del mundo, enfermos que nos daban ánimos, la muchedumbre de familiares allá afuera, los soldados. Lo que más impresionó fue ver cómo en un instante se disolvía el abismo entre médico y paciente, y ambos nos convertíamos en víctimas.

—La salida del Metro estuvo de película. Con lo asustado que estaba, no conseguí quitarme de la cabeza fragmentos de escenas con terremotos y torres

"He llorado mucho, pero no me resigné. Sé que encontraré a mi hermana Estela". Ambos eran herederos de un negocio de cándiles que les había legado su padre.

Entre los escombros había encontrado una bolsa. La esperanza se reafirmaba. Más tarde rescataban otro cuerpo. Nada. No era su hermana. No podía más. Quince horas de búsqueda, y nada. Lloró.

Para aquel hombre, como para muchos otros, todo había acabado. En sus reflexiones, comparaba la devastada ciudad de México a Beriut, pero sin balas. Su experiencia en el Medio Oriente, en un viaje de placer, lo había dejado marcado. Una herida en la pierna izquierda le dificultaba caminar.

Las horas transcurrían. El dolor hacía más frío el aire de la noche. "Vámonos, mañana será otro día". Fidel Quezada también había perdido la esperanza de encontrar entre los escombros del edificio Mier y Pesado los cuerpos de sus parientes Soledad y Margarita Peto Rodríguez y de sus hijos Verónica y Roberto Cruz Peto, Faviola y Rocío, que ocupaban los departamentos 201 y 115, justo arriba de lo que fuera el restaurante "Superleche".

El edificio, que habitaban más de cien familias, comprendía la planta baja —exclusiva para área comercial—, cuatro pisos y la azotea habilitada como zona departamental. En total más de 500 moradores. Todo había quedado destruido.

A poca distancia, en plena avenida Juárez, los bomberos combatían otro siniestro. Las llamas habían consumido el Hotel Regis y la atención se fijaba ahora en el edificio que ocupaba la tienda Salinas y Rocha.

Aunque acordonada la zona, los curiosos dificultaban las maniobras. Poco a poco las llamas consumían el inmueble que, a pesar de todo, se sostenía en pie.

El tránsito por la ciudad, en la noche, por las consecuentes fallas en el suministro eléctrico, se dificultaba. Los inmuebles destruidos por el temblor quedaban como muestra de la impotencia del hombre ante la naturaleza.

Hacia el sur, las maniobras de auxilio se multiplicaban en la Secretaría del Trabajo y en las instalaciones de la empresa Televisa. A unos cuantos metros de ese lugar, en el derruido edificio de la Procuraduría de Justicia del Distrito Federal, la lucha se concentraba en rescatar varios agentes de la Policía Judicial que quedaron atrapados.

El edificio se inauguró en la administración de López Mateos, con el licenciado Fernando Román Lugo como procurador. A diferencia de otros inmuebles destruidos, en las inmediaciones de la Procuraduría pocos eran los familiares que seguían de cerca las maniobras de auxilio.

A Jack Semenow Canan, veterano agente de la Policía Judicial correspondía retomar la guardia de los agentes que quedaron atrapados en el 3º y 4º



Dolores



En el Conjunto Juárez



Plaza de las Tres Culturas